

LA INTIMIDAD DE UN HOMBRE Y DE SU MUNDO:
EL *DIARIO* DE LUIS OYARZÚN

Darío Oses
Universidad Finis Terrae
dosesbiblio@fundacionneruda.org

La reedición del *Diario íntimo* de Luis Oyarzún, veintitrés años después de la aparición de la obra íntegra, es una ocasión propicia para intentar una de las muchas relecturas posibles de este libro, a partir de la excelente recepción crítica que tuvo entre 1995 y 2009.

Aun cuando en 1990 se había editado una selección de los textos del *Diario*, la publicación de la totalidad de este, cinco años después, fue la revelación de una obra singular, única en las letras de Hispanoamérica. Pasó a considerarse, además, como el libro fundamental de Luis Oyarzún, donde se encuentra la materia con la cual el autor elaboró la totalidad del resto de su obra literaria. Ignacio Valente calificó el *Diario* como: “Un texto como de leyenda hasta hoy, un documento central de nuestra cultura, una cotidiana meditación sobre la naturaleza y la historia, y, en cuanto diario de vida, quizás la obra más alta de este género en la tradición nuestra” (Citado por Contardo, 23).

Fernando Pérez Villalón hizo un examen de la obra sobre la base de sus principales ejes temáticos, caracterizándola como “una trama abierta de sentidos en la que se reconocen recurrencias, recursividades, motivos que regresan una y otra vez, variando y alternándose, pero siempre reconocibles, como en una obra musical”, y agregaba: “Estos motivos se entrelazan contrapuntísticamente, generando ecos y consonancias a la vez que disonancias no resueltas” (104).

Claudio Valdés vio el *Diario* como un compendio de prácticamente toda la obra literaria de Oyarzún, en la que confluyen “diversos tipos de diarios: de viaje, de reflexión, de cuestionamiento íntimo, de crítica social y cultural” configurando “una visión totalizadora del mundo y de la vida de su autor”.

Por su parte, el editor de la obra, Leonidas Morales, anotó:

...el diario de Luis Oyarzún, para mí una de las escrituras estéticamente más seductoras de la literatura chilena de no ficción (también, como crítica de la vida cotidiana chilena, una de las más lúcidas junto a la de Joaquín Edwards

Bello), de una capacidad inagotable para renovar ante el lector las condiciones de su producción de sentido (2009 143).

Morales señaló también la necesidad de “aislar y considerar las proyecciones de un procedimiento consustancial al diario íntimo: la formación de conjuntos textuales mediante fragmentos” (2017 15). Más adelante se pregunta si este fragmentarismo “¿no es, justamente, uno de los rasgos del pensamiento moderno más vivo, menos obsecuente, y ligado, sin duda, a la disolución de *centros*, de visiones organizadas alrededor de ejes metafísicos, que el movimiento histórico de la modernidad ha traído consigo?”, y agrega:

La misma personalidad de Oyarzún se nos revela atrapada dentro de un campo de fuerzas dispersas, centrífugas. Fuerzas que conspiran contra una continuidad disciplinada de propósitos y tareas de orden intelectual, urdiendo rupturas, fugas (2017 16).

Considerando acertada la observación de Morales, apunto que uno de los motivos más importantes del *Diario...* es, precisamente, la nostalgia de un campo de fuerzas centrípeto:

Aspiro a una vida ascética, de recogimiento interior y de trabajo. Quiero ser capaz de responder a mi deseo profundo de abandonar por completo las aventuras de los sentidos (4 de marzo de 1952).

Y el 6 de octubre de ese mismo año escribe:

Aspiro más fuertemente que nunca a una vida pura, ascética, pero todavía siento los efectos terribles del alcohol y sobre todo las imágenes vagas, deshechas de lo que no recuerdo.

La tensión entre ese “recogimiento” y la disciplina de trabajo que Oyarzún busca, por una parte, y su incapacidad de abandonar las “aventuras de los sentidos”, por otra, construye una sutil vertebración del *Diario...* y es también uno de los motivos que reaparece con mayor frecuencia y cantidad de variaciones en la obra, a veces con su carga de culpa, otras veces sin ella, como en esta anotación, donde el autor encuentra una posible explicación externa a sus estados de laxitud improductiva:

Me interesó hace días el artículo de Anguita sobre la inercia hispanoamericana (...) Anguita recuerda que Huidobro hablaba de que la atmósfera chilena le hacía perder todo el impulso que traía de Europa. Sus mejores iniciativas se desparrramaban inútilmente, sin respuesta, hasta morir. A mí me ha pasado lo mismo. En Inglaterra estaba lleno de ideas prácticas aplicables a Chile, pero una vez aquí, todo ese activismo continuado parece vano, como si hubiera fuerzas telúricas

que inclinan a los hombres a vivir como las plantas, sedientas, pero resignadas a su destino de primaveras e inviernos. La muerte –y sobre todo la muerte en vida–, el vivir muriendo, es aquí menos importante (10 de enero de 1953).

Esta explicación no parece satisfacerlo, puesto que no insiste mucho más en ella. Más convincente para Oyarzún es atribuir su dispersión y discontinuidad de propósitos a lo que llama su “presentismo sudamericano”: la improvisación brillante del momento, a la que deben sumarse las muchas situaciones que el autor buscaba para dilapidar tiempo y energía: los juegos intelectuales, la compulsión por los viajes, enamoramientos posibles e imposibles, obligaciones académicas.

Contardo señala que Oyarzún siguió haciendo clases después de asumir el decanato de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile –que ejerció entre 1954 y 1963– y no solo en Santiago sino también en Concepción, por lo que debía viajar regularmente a esa ciudad. El viaje en auto tomaba más de ocho horas por una carretera entonces de una sola vía. “Ir a Concepción con esta frecuencia es absurdo –anota en su *Diario* el 19 de abril de 1964–. No se puede vivir alternativamente en dos partes con tan mínima periodicidad” y agrega:

Necesito una vida más estable, con menos “embriagueces de otoño”. Pero ocurre que mi presentismo sudamericano me crea todo el tiempo un demonio tentador, y yo cedo. Las hojas doradas, los racimos de las viñas, la aventura del día. Hay que estabilizarse. Ahora me siento medianamente bien porque he escrito dos artículos. Si trabajara más en literatura me sentiría más lleno de fuerzas, más feliz. Hay ciertos temperamentos que responden bien a la teoría aristotélica. La dicha proviene de la actividad. Me hace falta trabajar con amor y amar con trabajo. Si no, se me estancan las aguas y se me vuelven vinosas. Y el vinoso Pantano estimula mi contemplación (...) siempre he pugnado inconscientemente por huir de las estabilidades, por no permanecer. Pero quién sabe si en los “secretos de la madurez” sea ya la hora de “velar y contemplar” (...) ¿Hacer maletas? ¡Qué poesía en otro tiempo! ¡Qué tortura hoy! ¡Hacer maletas! Despertar temprano y salir de viaje, con libros que no voy a leer, con cuadernos que volverán vacíos.

Leonidas Morales llama “querella secreta, nunca resuelta” a este conflicto que Oyarzún mantiene consigo mismo, y que a lo largo del *Diario* progresa lentamente hasta alcanzar su clímax en la última página, del 25 de noviembre de 1972, cuando el autor, a los cincuenta y dos años, después de una hemorragia interna que le produce un vómito de sangre, relata su agonía en la sala de un hospital de Valdivia, donde llegan otros moribundos que se quejan, tosen, sufren, escupen, deliran y monologan.

Tal vez Oyarzún ya había adelantado aquel desenlace en su anotación del 26 de enero de 1951:

He pasado más de un mes sin escribir más que unas cuantas cartas. Me corrompo otra vez. América me devora. Ya estoy harto de esa poesía de cafés y borracheras. Muchas veces he pensado que en este continente no se concede valor formador al trabajo humano. No se considera que el trabajo sea vida (...) La vida real es el amor, la fiesta, el compadrazgo, la comilona (...) Las reuniones de amigos suelen ser pesadas, fatigosas, lápidas mortuorias (...) Siento en mí y percibo en los demás el placer rústico, infernal de la autodestrucción.

Otra de las variaciones del conflicto central al que hemos aludido, es aquella entre escritura y oralidad. Como lo advierte Grínor Rojo:

...durante los últimos meses de su vida, Lucho seguía siendo sobre todo, un maestro de la oralidad. Ciertamente, había publicado media docena de libros a lo largo de treinta años, algunos de ellos de incuestionable importancia. Pero eran libros poco leídos, menos aún en el circuito de los lectores jóvenes de esa época (...)

Se sabía, pues, una víctima no tanto del “presentismo sudamericano” (...) como de vientos contrarios, asediado como estaba por múltiples opciones de vida y las que no siempre eran conciliables con el proyecto de pensamiento y de arte que muy temprano en su existencia formulara para sí. Mirado desde cierto punto de vista, podríamos decir que Lucho se daba cuenta de la distancia que existía entre la índole de ese proyecto, necesariamente escritural y la eficacia tremenda de su oralidad tal y como él la lucía, con profusión y con lujo en cuanto cenáculo encontraba disponible (125-126).

Grínor Rojo ilustra su argumentación con una cita del *Diario* de Oyarzún, escrita en El Quisco, el 22 de marzo de 1958:

...soy un improvisador. Solo soy capaz o he sido de creaciones repentinas, páginas de diario, clases, sonetos de café. Si me responden, si me exigen, si creen en mí y me estimulan, saco del fondo del mar lo inverosímil.

Tal vez la más importante de las variaciones en que se manifiesta esa “querella interna” de Oyarzún es aquella que se despliega en la polaridad pureza e impureza.

En una anotación que hace en Punta Arenas, el 10 de julio de 1951, construye una imagen de la playa y el mar infectados por restos de animales, luego su mirada se desplaza hacia la pureza de la nieve de la cordillera patagónica. Esta imagen parece ser una metáfora de su conflicto interno:

...advertí a mi lado un perro muerto, casi sumido en la arena negra. No se veían su cabeza ni su cola. Tenía un flanco pelado por los insectos. Recuerdo que el mar de Tres Puentes, cercano a Punta Arenas, está lleno de sangre. Flotan en él

las vísceras de los corderos del frigorífico. Vuelan allí miles de aves de rapiña que se pelean los despojos. Volví hacia el muelle, barrido por la brisa enérgica. Me gustó mirar desde ahí las montañas de la Tierra del Fuego, enteramente blancas sobre el mar.

Actividad-contemplación, disciplina-disipación, pureza-impureza, libertad-culpa, son tal vez las principales polaridades entre las cuales deriva el autor conciliando a veces las oposiciones y otras veces exacerbándolas. Lo interesante es que vive esa deriva en muy distintos planos y con una lucidez que da lugar a reflexiones admirables.

En algunos momentos busca la superación de las polaridades por vías situadas en las antípodas de la amplia brecha que hay entre la aventura de los sentidos y la experiencia mística y con permanentes fugas entre ambos polos.

El 22 de julio de 1953 escribe:

Anoche yo penetraba solo, en busca de alguien, por los peores barrios nocturnos. Me sentía desafiante, invadido por un soplo juvenil de aventura, perfectamente libre y, además, invulnerable, por encima de todos los peligros (...) Hoy, al despertar, he revivido, con otra conciencia, los peligros a que me exponía tontamente, arrastrado por un deseo que ahora no podía aceptar sin repugnancia. Hoy rechazo libremente lo que libremente fui anoche, un poco borracho, medio delirante, pero instalado también de un modo particular en el centro de mi libertad.

Muchos años después, el 20 de marzo de 1964, encontramos la descripción de un “trance de beatitud” que lo lleva a un estado de conciencia en el que se interrumpe el tiempo y el yo para sumirse en lo absoluto y después en el orden de la naturaleza, del que tampoco demora mucho en escapar:

Cómo podría poseer sin haber contemplado, cómo podría contemplar sin ardiente deseo de anular la conciencia y de apagar la luz del Universo, la luminaria mientras más conocida más extraña (...)

En el prójimo bien próximo de mis amigos, tratados y desgastados cada día, mi presencia es turbulenta, como la de un animal sin sosiego. Pero en la poesía yo expreso los instantes de contemplación, es decir de plenitud, cuando, por la Gracia de Dios soy originariamente yo, como si no hubiera nacido, como si hubiera muerto. Hay un trance de beatitud que me hace feliz sacándome del tiempo y del yo. Vuelvo a ser, más que niño, conciencia pura, la conciencia quieta que las cosas tienen de las cosas. De aquí viene mi amor por la naturaleza, esa vida universal e infinitamente múltiple distribuida en cambios que se ordenan en ritmos. Mi corazón rompe el ritmo. Mi capacidad inagotable de goce rompe el ritmo. Me es tan difícil elegir. Cada ser que conozco me parece tener razón

en su sinrazón, en la sinrazón de su ser. No puedo elegir. Por eso todo se me desordena y tiende a aplastarme.

El 3 de mayo del mismo año hace una anotación, en la que luego de constatar el paso del tiempo sobre él mismo (“Tengo la cabeza blanca, blanca de mí”) escribe:

Todo ha pasado como si el ritmo de la naturaleza no me afectara. Porque yo lo rompía. Aun con toda mi adoración no pude seguir el ritmo de la naturaleza. Y, en buenas cuentas, la sociedad me es ajena. Los grandes momentos que eternizan la vida no son sociales. La verdad no es social. Hay que inventar otros términos. ¿Cómo calificar a este Absoluto del amor? ¿Y para qué? Estamos juntos y nos pertenecemos. Hay en este instante una trascendencia total sin otra meta que la pura plenitud del instante.

En la misma anotación, el autor parece resolver, siempre transitoriamente, su “querella secreta” en la “absolutización del instante”:

Hay que mirar la muerte desde dentro, no desde fuera en temor y temblor. Desde dentro, es el instante que se vuelve absoluto, exactamente como el rapto de amor.

Pérez Villalón advierte que “la naturaleza opera en el texto del diario como un factor ordenador del ámbito moral”, afirmación que apoya en esta cita del *Diario* del 7 de febrero del 52:

En algunos hombres, la conciencia del bien está ligada al sentimiento de la naturaleza. No descubro en ninguna parte tan excelentemente mi bondad como al respirar el aire yodado del mar, al atardecer de un bello día dedicado a la lectura y los ejercicios físicos y aun se restaura en mí el goce de la más pura inocencia cuando, en favor de esta respiración de salud, puedo percibir mi parentesco con los pájaros, los peces, las plantas.

Pero Oyarzún no tarda mucho en relativizar esa afirmación, cuando, a fines de ese mismo año, el 3 de diciembre de 1952, escribe:

No es raro que el mar produzca una desintegración moral. El contacto con esta masa líquida insegura, cimbreada, de gravedad caprichosa, sin estabilidad, incapaz de sujetarse a promesas, ha de ser mortal para la solidez de los principios, ha de inclinar al sueño, al crimen. No es muy decente el mar. Desde luego su olor, su ambiguo olor de muerte y vida, de putrefacción, de semen, de algas descompuestas, de peces muertos, de blanca espuma, de aceite flotante.

El autor dice y desdice. El 31 de mayo de 1950 cita a Hölderlin: “¿De qué sirve vivir en un mundo sin amigos?”. El 26 de enero de 1951 afirma que “las reuniones de amigos suelen ser pesadas, fatigosas, lápidas mortuorias”, y el 15 de marzo de 1953 anota: “... me doy cuenta de que la vida social me produce impaciencia y hasta náuseas”.

Oyarzún también describe en su *Diario* algunos gestos que son elocuentes. En septiembre de 1954, Gabriela Mistral llega a Chile; el día 12 de ese mes, él apunta:

El miércoles pasado fui a Valparaíso, en la comitiva que recibió en el Santa Lucía a Gabriela Mistral. No la había visto desde el Brasil, hace 9 años. Parecía como antes, una reina en el exilio, una Ofelia recién venida, alumbrada por lunas de locura, pero ella misma perfectamente lúcida. Se alzó de su asiento cuando entramos al salón en que estaba, con ojos húmedos muy abiertos. Su expresión me pareció otra vez sin tiempo, como de un ser que vive con lentitud infinita. Estábamos frente a ella Hernán Díaz Arrieta y yo y, como ella titubeara en elegir, me retiré un paso, y ella, adelantándose tal vez a lo que H.D. pudiera decirle de su delgadez, lo saludo alarmándose de la imaginaria flacura de él...

El veinteañero Oyarzún de principios de los años 40 le había escrito a Mistral que residía en Brasil. Se inició entonces un intercambio epistolar que en 1945 hizo posible que Oyarzún destinara tres días de la gira organizada para profesores y estudiantes de la Escuela de Artes y Oficios, para visitarla en Petrópolis. En su artículo “El sentimiento americano en Gabriela Mistral”, publicado en la revista *Sur*, en marzo de 1946, la calificaba como “uno de los seres más extraordinarios que he conocido”. Por su parte Gabriela, en carta al Presidente de la República sobre el viaje de la delegación chilena, decía: “En el grupo venía Luis Oyarzún, escritor mozo, a quien hace tiempo sigo como un fenómeno de cultura aliada a la más linda calidad espiritual” (Contardo 87-88).

Si existía este aprecio mutuo, ¿por qué ese paso atrás de Oyarzún? Tal vez ese gesto de ceder el espacio a Alone, concilia con la calificación que le da su biógrafo Óscar Contardo como “el gran actor secundario de la historia intelectual del siglo XX chileno” (11). ¿Por qué eligió ese segundo plano pudiendo ocupar el primerísimo? Tal vez por la inseguridad de esa su vida inestable que se desplegaba entre el ascetismo y el exceso, la contemplación y la actividad, la pureza del mundo natural y los rincones más turbios de la ciudad.

Las notas que aquí termino solo pretenden dar cuenta de la extrema dificultad de abordar una obra de la complejidad y diversidad de temas del *Diario íntimo* de Luis Oyarzún, obra organizada sobre la base de reflexiones provisorias, de fugas y disrupciones, de textos que encuentran continuidad y también rupturas con otros textos del mismo libro. Queda pendiente el examen de cómo se va construyendo, a lo largo de estas páginas, la figura del autor. A primera vista, ésta es idéntica a la de la persona de Luis Oyarzún, porque, como advierte Ignacio Valente al referirse al *Diario*:

... No hay aquí –cosa rara en el género– autocomplacencia ni narcisismo, ni autojustificación, ni frases para el bronce, ni el rabillo del ojo puesto en la posteridad, ni egotismo alguno, sino la virtud de no hacerse nunca el interesante: una modestia y un pudor que le agradecemos... (Citado por Pérez Villalón, 104).

Es decir, parece no existir la intención de construir una figura autoral, sino la exploración del yo en el mundo, de los conflictos y “querellas secretas” del yo consigo mismo y con el mundo, y los descubrimientos que resultan de esta exploración y, finalmente, la perplejidad refleja que a veces le producen estos descubrimientos al explorador.

Grínor Rojo alude a la contradicción que no abandonó jamás a Oyarzún:

... entre las demandas que le hacía el modelo del intelectual público (...) y que es el modelo más reputado y casi el único durante un cierto período (...) de la historia social y cultural de nuestro país, y el del intelectual íntimo, privado (no necesariamente académico por lo tanto), que produce una obra grande y duradera (...) Ninguno de los libros que Lucho publicó durante su vida es o contiene esa obra. Hemos tenido que esperar casi un cuarto de siglo después de acontecida su muerte para encontrarnos con ella. Está en su *Diario...*, en el que por fin se resuelve el conflicto entre su “presentismo sudamericano”, es decir entre la explosión repentina, fragmentaria y brillante, con algo de *happening* del espíritu, y su justa ambición de permanencia (126).

BIBLIOGRAFÍA

- Contardo, Óscar, *Luis Oyarzún. Un paseo con los dioses*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014.
- Morales, Leonidas, “Luis Oyarzún: El Diario íntimo como Diario de viaje. Modernidad y vida cotidiana chilena”, en *Anales de Literatura Chilena*, 11, junio 2009: 141- 159.
- . “El *Diario íntimo* de Luis Oyarzún”, en Oyarzún, Luis, *Diario íntimo*. Edición, prólogo y notas de Leonidas Morales. Valparaíso: Ediciones UV de la Universidad de Valparaíso, 2017.
- Oyarzún, Luis, *Diario íntimo*. Edición, prólogo y notas de Leonidas Morales. Valparaíso. Ediciones UV de la Universidad de Valparaíso, 2017.
- Pérez Villalón, Fernando. “El *Diario íntimo* de Luis Oyarzún”: una lectura. *Revista Chilena de Literatura* n.º 55, noviembre de 1999: 103-128. Consultado de <https://revista.literatura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/39221/40846>
- Rojo, Grínor, “El *Diario íntimo* de Lucho Oyarzún”. *Revista Chilena de Literatura* n.º 48, abril de 1996: 125-133.

Valdés, Claudio. “Tradición y originalidad en “El *Diario íntimo* de Luis Oyarzún”. *Documentos Lingüísticos y Literarios*, 2007, www.humanidades.uach.cl/documentos_linguisticos/document.php?id=1338